

EL PALACIO DE OTOJIME

QUÉ placer el de agitarse en el mar como en las batistas de lecho mullido! ¡Qué deleite el de bra- cear en la seda del agua! ¡Qué delicia la de mecerse en la hamaca de las olas de mallas esmeraldinas! ¡Qué frui- ción la de llenar los bronquios de aire salobre! ¡Qué encanto el de bu- cear viendo con ojos atónitos los pe- ces de plata y las algas de terciopelo del ámbito submarino!

No hay que tomar más precauio- nes que las de esconder la cara del sol y esquivar el cuerpo del contacto de las medusas.

Después de nadar largo tiempo mar adentro acariciado por las olas, entre las que me siento más dichoso que un sultán en medio de las odaliscas de su serrallo, me siento a secar en la arena que lame el océano con mansedumbres de gozque.

Me place ver la llanura marina, lisa como el acero, inquieta como el azogue, reluciente como un espejo, azulobscura como el zafiro, glauca como el jade, cambiante como el camaleón, y nunca me canso de contemplar el vaivén de las olas.

Como es la siesta, hora en que se bañan los japoneses, la playa pulula de atezados cuerpos de bronce y de finas formas de canela, todos tocados con el rústico sombrero tejido con virtas; una que otra barca, de vela en forma de cuadrilátero, cruza perezosamente la estepa de estaño que luce

allende los dos cabos cubiertos de verde espesura que acotan la bahía; del próximo pinar de troncos inclinados por los tifones, llega el alegre sonido de las cítaras de las cigarras; jadea la resaca desperezándose en la arena; el sol hiere con sus flechas ardientes los copetes de las olas que se hunden para no reaparecer nunca, y los átomos danzan sin descanso en el espeso ambiente de plata gaseosa.

Sutil e irresistible, la somnolencia acaricia mis párpados con sus dedos de raso, y me oculta de tiempo en tiempo el viboreo de las olas.

Sin darme cuenta a qué horas salió de su cristalina morada, percibí a mi lado una enorme tortuga, al parecer de hasta ocho mil años que oreaba al sol su ceniciento carapacho guarnecido de piedras preciosas.

—La tortuga de Uráshima, me di-

je, incrustada en la forma descrita por Des Esseintes.

Como si le hubiera dirigido la palabra, volvió significativamente la cabeza hacia mí el longevo quelonio.

—Otojimé Sama, le rogué, en caso de que realmente seas la misma fabulosa princesa convertida en esta extraña tortuga; por la memoria de Uráshima, el compasivo pescador que antaño te rescató de la banda de muchachos entre cuyas manos habrías perecido sin duda, llévame aunque no sea sino una hora a tu castillo submarino.

El maravilloso animal, en respuesta, avanzó hasta mis pies invitándome a montar en su dorso gemado.

Vestido con ligera escafandra en que se trocó mi traje de baño y en la que me movía con extraordinario despejo, cabalgué en el mítico monstruo

cruzando en breves minutos inmensas soledades azules, selvas de esponjas pobladas de dragones y agrias sierras de lapizlázuli, hasta columbrar en la ladera de montaña coralífera un palacio de fábrica de jade y aremangados techos de madreperla.

Un Maestro de Ceremonias de uniforme bordado de algas sutiles con quien me dejó la misteriosa tortuga que se desvaneció de mi vista, me instó a montar en un esquife de carey impulsado por fogosos delfines.

En el centro de fantástico parque adornado con rocas de coral, descollaba el magnífico alcázar al que conducía un camino sembrado de arenas de oro acarreadas por los ríos.

El artesonado y el piso del Salón de Audiencias donde ya me esperaba tornada a su verdadera forma la Princesa, eran de ámbar, de carey con

marcos de oro los *fusumas*<sup>1</sup> y los *shoyis*<sup>2</sup> de transparente cristal de roca.

Sentada en suave cojín de nutria delante de la fila de sus Damas de Honor, me recibió la graciosa Otojímé, en cuya diáfana frente que se cubrió de elegantes signos de *jiragana*<sup>3</sup> leí su saludo de bienvenida; pues en aquel encantado país de silencio, al pensar aparecen las ideas en el sitio en que reside la razón, y leyendo sus mutuos pensamientos es como conversan los interlocutores. En cuanto a las emociones, se revelan por medio de los diversos matices de que la faz se colora: la cólera, por ejemplo, tiñe de escarlata; la envidia, de amarillo; la melancolía, de azul; la alegría, de color de rosa.

1 Tabique corredizo.

2 Tabique corredizo de papel traslúcido.

3 Silabario.

Así la Princesa como su séquito se encontraban en cabello que caía por sus nacarados cuellos en verdes madejas, y estaban vestidas según moda muy arcaica con coruscantes *kimonos* cuya tela estaba forjada con relumbrosas escamas. En la *tokonoma*<sup>1</sup> resaltaba un vaso fabricado de una solar esmeralda donde lucía una solitaria estrella de mar, y se destacaban preciosos *okimonos*,<sup>2</sup> unos trabajados por orfebres indígenas, otros por los Nibelungos. Los objetos colocados en la *chigaidana*<sup>3</sup> eran de laca incrustada de perlas y de rubíes que son la sangre de los moluscos y las lágrimas de los tiburones. Los libros de pastas de madreperla estaban impresos con tinta suministrada por las jibias.

1 Estrado.

2 Chucherías.

3 Especie de vitrina.

De jade y oro era el servicio en que fué traída la colación compuesta de peces delicados y de algas exquisitas.

En el jardín, en vez de enjambres de mariposas y parvadas de pájaros, cruzaban cardúmenes de pescados, más hermosos que los que brillan en el acuario de Honolulu, y había paisajes de todas las estaciones: frondas de encarnados cerezos; estrellas de azáleas; racimos de moradas glicíneas; azules copas de lirios; rojos y blancos capullos de lotos; purpúreos boscajes de arces; eras de crisantemas doradas. Estos prodigios son obra de los zoófitos que al cuidado de los jardineros palatinos asumen todas las formas de la flora.

A tiempo me llevé la mano a la frente para esconder el absurdo pensamiento de que por qué no había peces espadas, ni tiburones, ni mons-

truos de este jaez, que era tan fuera de sazón, como si en el parque de Jamarikiu se me hubiera ocurrido interrogar por qué no vagan leones ni panteras, que solo hay en los jardines zoológicos de Ueno y de Asakusa.

Bajo el baldaquino rosicler de un cerezo, sentado en un banco de crisoprasa, apreté la mano de la Princesa, que a su vez me oprimió la mía, al mismo tiempo que su cara se teñía de color de rosa.

A la hora de la despedida en la penumbrosa Sala de Audiencias, el bello semblante de la Princesa se tornó azul matizado por la melancolía.

—*Mata irashiai*, vuelva usted, me dijo por medio de los artísticos rasgos del *jiragana*, y en compañía del Maestro de Ceremonias que me dió una caja de laca de oro en nombre de la Princesa, regresé pensativo

per el mismo camino sembrado de arenas de oro y adornado con canchos de coral; monté de nuevo en el esquife de carey impulsado por raudos delfines, y colocándome en el titilante caparazón del quelonio milenario, volví a cruzar los tupidos bosques de esponjas y los inmensos desiertos azules.

Cuando me ví otra vez tendido en la tibia arena, busqué en vano la caja de laca que por descuido perdí en mi viaje submarino, y quedé mudo de estupefacción al convencerme de que no habían transcurrido al menos doscientos años, sino que me hallaba en la misma playa de Kamákura que pululaba de atezados cuerpos de bronce y de finas formas de canela, en la propia siesta de estío, con la delicia de una salamandra bebiendo el aire que caldeado por el sol se me antojaba de plata gaseosa.

## EL COLOQUIO DE LOS BRONCES

EN mi estudio de *fusumas* decorado con paulonias, y culminando sobre los ligeros estantes de bambú en cuyos anaqueles se alinean las obras de mis autores predilectos, se destacan dos broncees de altiva y rara belleza: el uno prestigiado por espléndida pátina verde; el otro ennoblecido por severa pátina negra. El uno de pie, cubierto con morrión de plumas de águila, vestido con suelto manto que cae en sobrios pliegues hasta sus finos tobillos, calzado con sandalias, con la pierna siniestra ligeramente avanzada para lanzar el venablo mor-



tífero, Cuauhtemotzín. El otro a caballo, protegido por macizo yelmo de largas antenas, defendido por liviana armadura de láminas superpuestas, apoyándose en los corvos estribos, el sable al cinto y rigiendo la briosa alfana que detenida súbitamente enarca el cuello y afirma las patas traseras, Masashigué. El uno enalteciendo la tragedia azteca. El otro abriallando la epopeya nipona. Ambos autores de hazañas que ensalzan a la humanidad y que honran los siglos. Ambos glorificados en gallardas aposturas que perpetúa el bronce perdurable: Cuauhtemotzín por el inspirado cincel de Noreña; Masashigué por el arte de Kosetsu Takemura y de Setsukei Okasaki.

Cuando después de horas de intensa lectura demoro mi vista en el héroe de México, me maravillo de verlo

en medio de estampas de Utamaro y de paramentos budistas; en un ambiente con el que no armonizaría en manera alguna si no fuera por la presencia del adalid japonés, con quien debe de haber trabado relaciones y despotricar a sus anchas, a la hora en que se convierten las teteras en tejones maleantes y perpetran sus fechorías los zorros hechiceros.

Tal amistad era capricho de mi imaginación, acostumbrada a suponer los más extraños sucesos.

Por mucho tiempo no paré mientes en que ambas estatuas mudaban de sitio, atribuyendo estos cambios al talante caprichoso de mi criado, hasta un día en que noté que el bridón de Masashigué tenía tierra en las pezuñas, vestigio que coincidía con destrozos en mi jardín y que me forzó a creer, no obstante mi habitual

escepticismo, en el propio desmán de que fué culpable un caballo pintado por Takaoka.

Entonces sospeché qué eran los ruidos extraños y los susurros de voces, y malicié que los agujeros en lo *shojis* así como las marcas en los enmaderamientos de que mi criado acriminaba a los gatos y los ratones, bien podían ser obra de personas que justaban con el sable y con el venablo.

Cierta noche en que desesperado por el insomnio me levanté a buscar un libro que no encontré en mi mesa de noche, percibí vagos rumores en mi estudio donde estaba encendida la luz eléctrica, y acercándome de puntillas vi la escena más inesperada.

Dos hombres cuyos semblantes no acerté a distinguir estaban sentados el uno frontero del otro, conversando

animadamente y saboreando mis cigarrillos egipcios.

Movido por la cólera iba a hacer irrupción en el cuarto para increpar a los transgresores, que yo me imaginaba eran mi criado y mi cocinero, cuando advertí que los bronces no estaban en los estantes y oí pisadas en el jardín.

Repuesto del choque nervioso que me produjo lo imprevisto del cuadro, que el cuadro mismo no me revelaba nada extraordinario, supuesto que tanto Cuauhtemotzín como Masashiguéson inmortales, tuve una reacción de hilaridad, porque despojados de sus arreos guerreros, los dos grandes hombres casi provocaron mi risa, en la que no prorrumpí por la curiosidad de descubrir en qué idioma se entendían, porque Masashigué no poseía sin duda ni el azteca ni el espa-

ñol, y Cuauhtemotzín no conocía de fijo ni los rudimentos de la lengua japonesa que sirven para mandar a los criados, charlar con las *musmés* y regatear en las tiendas de curiosidades.

Departían en inglés, lo cual me pareció extravagante y luego muy natural, recordando que este idioma es el más familiar en el oriente:

*Cuauhtemotzín.* Hazañoso Masashigué, no sé hasta que punto sea un bien el don de la inmortalidad que poseemos, porque siendo testigos de la marcha de la historia, cada vez que aflige un mal a la humanidad y particularmente a nuestra patria, somos presas del dolor, sobre todo porque no nos es dable poner ningún remedio. Las desgracias que México padece me producen una tortura más viva que las llamas de Cortés.

*Masashigué.* ¿Has recibido acaso malas noticias, valiente Cuahutemotzín?

*Cuauhtemotzín.* Las tengo tan malas que he desistido de la lectura de los periódicos. Dichoso tú, Masashigué, que asististe a la restauración del Mikado y viste tremolar el oriflama del sol en magníficas epopeyas. Feliz porque tu raza forma un todo homogéneo desde Karafuto hasta Shikoku y porque el patriotismo late en cada uno de los glóbulos de su sangre. Afortunado porque tu imperio no tiene más vecino que el océano que le sirve de baluarte.

*Masashigué.* No ves sino el lado glorioso de mi patria que tuvo también sus años de Onín. Te figuras que soy feliz porque ignoras cuánto me atormenta ver al Dai Nipón comprando su grandeza con sacrificios. Yo

también sufro porque mi pueblo pierde su patriarcal sencillez y se aherroja con nuevas necesidades. Me irrita que el arte exquisito se convierta en quincalla para los trotamundos y me subleva que los *bushis*<sup>1</sup> no tengan más móvil que la codicia. Tu patria que ahora está sometida a una dura ordalía ha disfrutado de eras gloriosas y me interesa tu pueblo desde que me dijiste que se parece al mío.

*Cuauhtemotzín.* Es tan inculto . . .

*Masashigué.* El Gran Medji Tenno quiso que en su Imperio no hubiera ignorantes, y los japoneses buscan el saber con el mismo afán con que antaño los aventureros buscaban el oro. Pero el Dai Nipón cuenta con milenios de existencia y Mekishiko tiene solamente pocos siglos de vida. Ya

---

<sup>1</sup> Caballeros

hablaremos del brillante destino a que llegue en épocas venideras. Tu ejemplo, paladín del denuedo, servirá siempre de estímulo a los mexicanos.

*Cuauhtemotzín.* Tus palabras, espejo de fidelidad, caen en mi corazón como gotas de lluvia en la tierra calcinada por las siestas de Julio. Tú y yo somos amigos, a pesar de la prensa cavilosa que impide el acercamiento de nuestros pueblos, y nos reímos de los periódicos suspicaces que han forjado una alianza entre nuestros países. El Japón no obtendría ninguna ventaja en unirse con México, y México no sería más grande por ser aliado del Japón. Si Tenochtitlán ha de ser fuerte lo será con sus propios recursos y no con la armada y las huestes de Cipango.

*Masashigué.* Plegue a los Kamis

que tu pensamiento sea el de todos los mexicanos.

*Cuauhtemotzín.* Ojalá que nuestros dos pueblos sean como nosotros sinceros amigos.

Cruzadas estas últimas frases, ambos héroes callaron, aunque revelaban por su actitud que seguían comunicándose en silencio.

En cuanto a mí, la hilaridad que sentí al sorprenderlos en tan inusitada guisa se había trocado en la emoción que se experimenta delante del heroísmo.

Los ojos negros de Cuauhtemotzín lucían como obsidianas pulidas, en tanto que las miradas de Masashigué destellaban serenas y puras como las hojas de Masamune.

## EL SEPLICIO DE MONA LISA